

pregunté á la buena mujer dónde dormía. Por toda respuesta se aproximó á una pared, y abrió dos puertas ocultas en los adornos del muro. La cama (en aquella casa como en todas) se encierra en una especie de armario abierto en la pared y consiste en un colchon y un jergon extendido en el suelo del armario mismo sin más caballetes ni más armazon: lecho que será cómodo en invierno, pero que debe ser un horno en el verano.

Hice que me enseñara los avíos de limpieza, y con todo aquello bien se podría poner una tienda: escobas, escobillas, cepillos propios para los dientes, aljofifas, rascadores, rastrillos, escobillones, pinceles, mazos de plumas, aguarrás, blanco de España para los cristales, rojo de Venecia para varios usos, polvo de carbon para los dorados, esmeril para los hierros, ladrillo inglés para los suelos, y hasta un hierrecillo para sacar la basura de las rendijas microscópicas que pueda haber en la juntura de los ladrillos.

Me dió noticias curiosísimas acerca del furor por la limpieza que hay en aquel pueblo, famoso en Holanda.

No hace mucho tiempo que se leía á la entrada de Broek una inscripcion concebida en los siguientes términos: *Antes ó despues de la salida ó puesta del sol, se prohíbe fumar en la villa de Broek, á ménos que sea en pipa cerrada* (con objeto de que no se eche ceniza por ningun lado); y

*cuando se atraviere el pueblo con un caballo, se prohíbe ir montado, siendo indispensable conducirlo del ronzal.*

Tambien estaba prohibido atravesar el pueblo en coche ó con ovejas, ó vacas, ó cabras, ó cualquier otro animal que pudiese ensuciar las calles; y aunque no subsiste ya esta prohibicion, los carros y los animales dan vuelta todavía alrededor de Broek, á causa de la antigua usanza que mantiene en pié la prohibicion por tradicion casi perpetuada. Delante de todas las casas habia, y aun hoy subsiste algun ejemplar, escupidores de piedra, en los cuales escupían los fumadores asomados á las ventanas.

La costumbre de estar en casa descalzos, todavía subsiste en vigor y así se ve delante de todas las puertas uno ó más pares de zapatos ó de zuecos. Es pura fábula lo que se cuenta de conmociones populares acaecidas en Broek contra los extranjeros que echaban por la calle huesos de cecezas; pero es cierto que cada ciudadano que ve caer una hoja en el suelo llevada delante de su casa por el viento, vá inmediatamente á recogerla y la echa en el canal. Que se vaya á limpiar las botas y á quitar el polvo á la ropa á quinientos pasos del lugar; que haya muchachos pagados para soplar cada cuarto de hora entre los ladrillos de las calles, y que en ciertas casas se lleve á los huéspedes en brazos para que no ensucien el sue-

lo, son cosas que se cuentan segun me dijo aquella buena mujer, pero que probablemente nunca sucedieron. Antes de dejarme salir, me contó una anécdota que á ser cierta haría verosímiles aquellas extravagancias.

En tiempos atrás, la manía de la limpieza—me dijo—había llegado á tal punto, que las mujeres de Broek olvidaban por aljofifar y lavar, hasta los sagrados deberes religiosos. El pastor del pueblo, despues de haber intentado inútilmente todos los caminos de la persuasion para hacer que cesara el escándalo, tomó otro partido. Pronunció un gran sermón, en el cual aseguró que toda mujer holandesa que hubiese cumplido fielmente sus deberes con respecto á Dios en la vida terrena, encontraría en el otro mundo una caja llena de muebles, de útiles y de instrumentos variadísimos y preciosísimos, con los que sin distraccion de ninguna especie podría limpiar, enjabonar y dar lustre por todas partes durante la eternidad, sin acabar nunca tan adorable ocupacion. La imágen de tan sublime recompensa, la esperanza de esta inmensa felicidad infundió tanto ardor y tanta piedad en las mujeres de Broek, que desde entonces fueron siempre asíduas á los ejercicios religiosos, sin necesitar nuevas excitaciones.

Y sin embargo, ni este furor por la limpieza, ni la extraña arquitectura descrita, son causa de

la semi-séria celebridad de la aldea de Broek.

Esta celebridad derivase de una extravagancia de formas y de costumbres, con respecto á la cual lo que hoy sucede apenas es nada. El Broek de hoy día no es sino una raquítea copia del Broek antiguo. Para persuadirse de ello, basta visitar una casa colocada á la entrada de la ciudad, y abierta á los extranjeros, que es un modelo completo de casas antiguas y se conserva cuidadosamente por el propietario en calidad de monumento histórico de las locuras pasadas. El exterior de la casa no es distinto de las del día: una tienda de juguetes. Lo maravilloso son los cuartos y el jardín. Aquellos son pequeñísimos, y constituyen otros tantos bazares, cada uno de los cuales reclamaría un volúmen para ser descrito minuciosamente. La manía holandesa de amontonar objetos sobre objetos buscando la belleza y la elegancia en el exceso de los adornos más discordantes, se ve en esta casa, llevada al grado superlativo de ridículo. Hay figurillas de porcelana sobre los armarios; tazas y azucareros de china sobre las mesas, y debajo de ellas; platos colgados de las paredes desde el techo al suelo, relojes, huevos de avestruz, barquitos, conchas, vasos, cálices; todo ello puesto de tal modo, que ocupe y rellene los intersticios más ocultos y los agujeros más escondidos. Cuadros que representan figuras diversas, segun desde el sitio del cual se les mire; armarios

llenos de centenares de futesas; adornos sin nombre; decoraciones sin sentido; en suma, un monton de cosas, una disonancia de colores, un cabrilleo de mal gusto, inocentemente exajerado, que causa placer y despecho juntamente al contemplarlo.

Pero todas estas extravagancias son superadas por el jardin. Aquí se ven puentes colocados solo aparentemente sobre riachuelos de una cuarta de anchos; grutas y cascadas dignas de *nacimiento de Noche-buena*; casitas rústicas, templos griegos, kioscos chinos, pagodas indias, estátuas pintadas, pequeños autómatas con los pies y las manos doradas que salen de cestos de flores; fantoches de tamaño natural que fuman y andan; armarios que se abren al toque de un resorte, dejando ver una comitiva de muñecos ó un convite de muñecas sentadas alrededor de vistosa mesa; estanques donde nadan cisnes y patos de zinc; fuentes cubiertas de mosaicos hechos de conchas, con un vaso de porcelana en el centro. Arboles que representan figuras humanas; bojes recortados en forma de campanarios, ó de iglesias, ó de naves, ó de quimeras, ó de pavos reales que hacen la rueda, y de niños que alargan los brazos; senderos, cabañas, setos, flores, plantas; todo presentado en contorsion, retorcido, atormentado, bastardeado y revuelto.

Y así era Broek en tiempos atrás, en todas sus casas y en todos sus jardines.

Pero ahora no solamente el aspecto de la aldea, si que tambien el de la poblacion, ha cambiado en gran parte.

Broek era conocido en otras épocas con el nombre del pueblo de los millonarios, porque casi todos sus habitantes eran comerciantes riquísimos que buscaban allí la soledad y la paz.

Poco á poco el aburrimiento, el ridículo de que fueron objeto sus casas y ellos mismos, la inoportuna visita de los viajeros y el deseo de más amenos parajes, hizo que dejaran de anidar en Broek casi todas las familias ricas; y las pocas que permanecieron, cesando el gusto que produjera tantas pueriles maravillas, no pensaron ya en crear otras nuevas, dejando que se perdieran ó desaparecieran las viejas.

Ahora Broek tiene unos mil habitantes, de los cuales la mayor parte se dedican á hacer queso, y el resto viven del comercio ó de la pequeña renta que le producen sus oficios.

A pesar de la decadencia, Broek todavía es visitado por cuantos extranjeros van á Holanda.

En una habitacion de la casa que he descrito, hay un enorme libro que contiene varios miles de tarjetas y firmas manuscritas de gentes de todos los países. He recorrido casi todo este libro.

El número mayor de visitantes, lo dan los ingleses y americanos del Norte; el mínimun, los italianos; y de éstos, casi todos son nobles de las

provincias meridionales. Entre muchos nombres ilustres, encontré los de Víctor Hugo, Walter-Scott, Gambetta, Emilio Augier. Y entre los recuerdos, hay un copiadore que los Emperadores de Rusia regalaron á un ciudadano de Broek, en señal de gratitud, por la hospitalidad que concedió en 1864 al gran Duque Nicolás Alejandrovitch.

A propósito de los visitadores ilustres, tambien Alejandro de Rusia y Napoleon el Grande estuvieron en Broek. La tradicion local dice que tanto el uno como el otro, habiendo querido ver el interior de una casa, tuvieron que calzarse grandes medias de lana que les puso la criada para que no ensuciasen los suelos con los zapatos. No me atreveré á afirmar que esto sea cierto; pero sé, porque lo he leído en ciertas memorias del viaje de Napoleon á Holanda, que en Broek estuvo muy triste al ver las calles desiertas y la gente encerrada en sus casas, mirándole por detrás de los cristales con aire de quien vigila si ensuciaba las calles ó las veredas de los jardines; tambien el Emperador José visitó á Broek; pero segun se cuenta, no habiendo llevado consigo cartas de recomendacion, no pudo entrar en ninguna casa. Un ayudante de campo, insistiendo con el dueño de una casa para que dejara entrar á S. M., obtuvo la siguiente respuesta:—«No conozco á vuestro Emperador, y aunque fuese el burgomaestre

de Amsterdam en persona, tampoco lo recibiría, porque no recibo á quien no conozco.»

Cuando visité la casa y el jardin antiguo, entré en un pequeño café donde una muchacha descalza entendió perfectamente mi lenguaje de sordo-mudo, y me sirvió un pedazo de buen queso de Edam, huevos y manteca, todo ello colocado en un plato de mayólica y cubierto con una tela metálica, y protegido, además, con una blanquíma servilleta bordada. Despues, escoltado por un chicuelo que me hablaba por gestos, fuí á ver una tienda y un establo. Mucha gente que entre nosotros lleva sombrero de copa y reloj de oro, no tiene una habitacion tan limpia y adornada como las que sirven para las vacas en Broek.

Antes de entrar, es preciso limpiarse los zapatos en una estera extendida delante de la puerta; y sino lo haceis, os invitan á que lo hagais. El suelo de la cuadra es de ladrillos de colores, pulido hasta el punto de poder pasar la mano por todas partes sin ensuciarse lo más mínimo; las paredes están revestidas de madera de abeto; las ventanas adornadas con cortinas de muselina y tiestos de flores; los pesebres están pintados; las vacas se hallan perfectamente cepilladas y lavadas, y para que no se ensucien con la cola, se la atan con un cordón que cuelga del techo; un riachuelo que atraviesa la cuadra continuamente, arrastra las inmundicias, y ni entre las patas de

los animales se ve una brizna de yerba ni una mancha; y el ambiente es tan puro, que á tener los ojos cerrados, creería cualquiera que estaba en un salon.

Los cuartos de los campesinos, las habitaciones que sirven de cabaña para hacer los quesos, los patios, los corrales, todo está limpio y brillante de un modo extraordinario.

Antes de partir para Amsterdam, dí una vuelta por el pueblo tratando de ocultar el cigarro cuando alguna mujer de las de diadema de oro me miraba desde las ventanas. Pasé por dos ó tres puentes blancos, dí algun puntapié á los barquichuelos, me detuve un poco delante de las casitas más repintadas, y luego, no viendo aparecer alma viviente ni por las calles ni en los jardines, emprendí de nuevo mi camino, solitario, montado en la cruz de los calzones, y con aquel sentimiento de tristeza que dejan en el corazon todas las grandes curiosidades satisfechas.

---

## ZAANDAM.

---

La mayor parte de los extranjeros, despues de haber visitado el pueblo de Broek y la ciudad de Zaandam, parten para la Frisia y vuelven á El Haya con la persuasion de haber visto Holanda.

Yo quise, por el contrario, ir hasta la extremidad de la Holanda del Norte, pensando que en esta provincia, colocada fuera y no habitada por los extranjeros, ni recorrida por viajeros de ninguna especie, habría visto y sorprendido costumbres, usos y aspectos antiguos conservados con mayor pureza que los demás. El peligro de no ser comprendido, de caer en malos albergues, de encontrarme solo, embarazado y melancólico en pequeñas ciudades donde ni aun siquiera existe la huella de las *guías*, y que los viajeros más pacientes no hacen sino atravesar de paso, nada de esto me arrancó de mi propósito.

Una bella mañana del mes de Agosto, el diablo de los viajes, el más potente de todos los dia-